

Paz, Martín (agosto 2005). *Julio Verne : El viajero imaginario*. En: Encrucijadas, no. 34. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <http://repositorioubu.sisbi.uba.ar>

Julio Verne

El viajero imaginario

El 24 de marzo de 1905, a los 77 años, murió Julio Gabriel Verne; escritor nacido en Nantes, creador de innumerables obras que serían traducidas a varios idiomas y conocidas por varias generaciones. "Viaje al centro de la Tierra", "De la Tierra a la Luna", "Los hijos del capitán Grant" y "La vuelta al mundo en ochenta días", entre sus más destacadas creaciones, lo aventuraron como un excepcional y adelantado viajero de ficción; o como bien lo define el autor de este artículo, "reinventor de los espacios", aunque paradójicamente, "remiso a abandonar la biblioteca" desde donde a través de libros científicos y un globo terráqueo cimentó la mayor parte de su prolífica carrera.

POR MARTÍN PAZ

Lic. en Letras Clásicas, UBA. Colabora en los suplementos Radar y Radarlibros del diario Página/12.

Actualmente está a cargo del Tesoro de la Biblioteca Nacional de Maestros.

En su relato "El maestro Zacarías", Julio Verne cuenta la historia de un relojero de Ginebra que, gracias a una pericia sobrenatural, intenta la construcción de un reloj perfecto. La invención de una máquina eterna le garantiza al viejo artesano la inmortalidad y lo equipara a un dios. Ya sabemos que en Occidente, en donde la desmesura y el pecado de soberbia han ocupado un lugar central en los sistemas religiosos desde la antigüedad, esos desafíos a la divinidad no terminan bien. Sin embargo, el castigo que padeció el viejo Zacarías no acobardó a Verne, de quien bien podríamos decir que, si no inventó el tiempo, al menos reinventó el espacio. O mejor, los espacios. Los lugares más remotos del planeta aparecen recreados en sus trabajos; del mismo modo que la Luna, el fondo del mar o el centro de la Tierra forman parte de sus territorios. Bien sabido es que, aunque algunas de sus experiencias como viajero dieron lugar a narraciones literarias, Verne era remiso a abandonar la biblioteca. Desde allí, munido de libros científicos, de geografía y de un globo terráqueo en el que iba tachando los lugares ya utilizados, elaboró la mayoría de sus ficciones. En este punto, Verne, como Borges, se inscribe en la tradición de los escritores que encuentran todos los temas en los estantes, sin necesidad de cazar búfalos, mezclarse con el hampa o emborracharse perdidamente para hallar material para sus textos.

Buscando a Verne

Julio Gabriel Verne nació en Nantes el 8 de febrero de 1828. Fue el primero de cinco hermanos criados en el seno de una típica familia burguesa de la época. Sus padres fueron Sophie Allote de la Füye y Pierre Verne, un abogado que esperaba legar su buffet al primogénito. Infancia y adolescencia las pasó en Nantes y estudió en el Liceo Real. De este período, Verne recordaba su afición por las humanidades y un marcado desapego por las disciplinas científicas. A esta época pertenece la historia, probablemente apócrifa, sobre su alistamiento como marinero a los doce años. Esta temprana vocación de viajero habría sido truncada, de una vez y para siempre, por su padre que lo esperaba en la primera escala del navío para llevarlo a casa. En 1848, se trasladó a París para estudiar leyes y de este modo cumplir el destino que su familia le había asignado. Los diez años siguientes serán sin dudas decisivos para su vocación y formación de escritor. Aunque terminó la carrera de abogacía y comenzó a trabajar como corredor de Bolsa, en París entra en contacto con el ambiente teatral y literario que lo fascina de inmediato. Por esta

época se hace amigo de Alejandro Dumas, quien montó una obra teatral suya, hoy descatalogada. Pasaba días en la Biblioteca Nacional leyendo y anotando no sólo textos literarios sino de todo tipo de materias tales como ciencia, geografía, historia, política. Al mismo tiempo escribe obras teatrales, libretos de ópera, breves ensayos críticos, poemas y sus primeros relatos publicados en la revista *Le Musée des Familles*. Allí aparecerán dos cuentos largos, “Los primeros navíos de la armada mexicana” (1851) y “Un viaje en globo” (1852), que anuncian algunos de los temas incluidos más tarde en su serie más famosa, los *Voyages extraordinaires*. En los años siguientes, Verne continúa publicando esporádicamente y se dedica a estudiar y a consolidar una posición económica.

En 1856, durante un viaje a la ciudad de Amiens, conoce a Honorine Deviane, una viuda de 26 años que tenía dos hijas de su primer matrimonio, con quien se casa un año más tarde. Todavía habrían de pasar algunos años antes de alcanzar el éxito literario. En 1862, le entrega al editor Jules Hetzel el manuscrito de la novela de aventuras *Cinco semanas en globo* que será el primer título de una lista que superará los cien. Con esa entrega nació una de las sociedades más prolíficas de la historia de la literatura que cambiará para siempre a la industria editorial. Las nuevas obras aparecerán primero en entregas periódicas en la revista del mismo Hetzel, *Le magasin d'éducation et de récréation*. Luego, con el título de *Los viajes extraordinarios a los mundos conocidos y desconocidos*, serán publicadas en formato libro en una edición barata y por último, en ediciones de lujo encuadradas en cuero que incluían grabados de los ilustradores más famosos de la época. Hetzel era un editor inteligente, puntilloso y poco condescendiente. Sus intervenciones en los manuscritos, a los que modificaba el estilo, alteraba argumentos y suprimía personajes, y los contratos que establecía con sus autores alimentaron el mito de su profesión. Con Verne realizó un acuerdo por el que el autor se comprometía a entregar dos novelas anuales por un período de veinte años. A pesar de la zozobra permanente en la que el cumplimiento de los plazos sumía al escritor, bajo estas condiciones surgieron los mejores títulos de su producción: *Viaje al centro de la Tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865), *Los hijos del capitán Grant* (1867-68) y *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873), por citar sólo algunos de los más famosos. Una vez consagrado, Verne adoptará como residencia la ciudad de su mujer, Amiens, desde donde continuará escribiendo sin pausa hasta sus últimos días.

En 1861, nació Michel, su único hijo, quien a la muerte del padre se va a encargar de editar y completar el abundante material inédito. En sus años de escritor consagrado, Verne sólo abandonará la ciudad para realizar esporádicos viajes por el Mediterráneo o el Mar del Norte en su velero. En los últimos años de vida, con la salud desmejorada a causa de la diabetes sumado a un confuso incidente en el que fue baleado por su sobrino, aparentemente por negarse a prestarle dinero, el escritor se recluye en su casa. Los años en que disfrutaba de un inmenso éxito literario parecen haber quedado atrás. En medio de la indiferencia pasajera de sus contemporáneos, el 24 de marzo de 1905 Julio Verne murió a los 77 años en Amiens.

El futuro llegó

El breve olvido que los lectores dedicaron a Verne durante sus últimos años de vida, rápidamente, quedó sin efecto: el siglo veinte le restituyó la fama con creces y sus obras fueron traducidas y reeditadas infinidad de veces. Esto es porque sus historias de aventuras y futuros de museo siguieron vigentes como lecturas de juventud, de generación en generación. Sin embargo, a pesar del interés atemporal que los libros de Verne continúan despertando, pocas obras llevan tan claramente marcada la impronta de su tiempo. Si bien, a partir del siglo dieciséis, las naciones europeas habían realizado viajes de descubrimiento y exploración de nuevos territorios, en el siglo diecinueve, como

parte del proceso de expansión colonialista, las expediciones científicas se multiplicaron. Diarios y revistas masivas publicaban regularmente las novedades procedentes de los nuevos territorios relevados. Científicos viajeros como Humboldt y Darwin, por nombrar a dos de los más conocidos, se volvieron nombres familiares para el lector de publicaciones populares, que al mismo tiempo extendía sus conocimientos geográficos con cada nueva entrega. La ampliación y apropiación de los nuevos horizontes mundiales, así como el aceleramiento de la innovación científica constituyen el marco y las condiciones del éxito de la literatura de Julio Verne. Condiciones que incluyen necesariamente la fe positiva en el progreso irreversible de las sociedades occidentales. En cuanto al punto de vista literario, Verne está influenciado por varios de los subgéneros de la novela decimonónica: la novela popular, la fantástica, la policial, la histórica y la de aventuras. Pero, sin duda, su creación distintiva es un subgénero que mezcla la novela de aventuras con la novela científica. Esta combinación funda su éxito en la construcción obsesiva de verosimilitud. Efecto logrado por la acumulación de datos científicos y pseudocientíficos, y por la descripción minuciosa de espacios geográficos, en algunos casos aún inexplorados para la época. Algunos críticos de su obra sostienen que, a pesar de la fama de genio anticipatorio que le asignó la posteridad por la invención de cohetes, submarinos y demás cachivaches tecnológicos, sus verdaderos aciertos se dieron en el plano de la anticipación geográfica. Mientras temas como el viaje a la Luna o al fondo del océano habían sido tratados previamente por otros autores y las creaciones tecnológicas podían inferirse de los libros técnicos de la época, Verne acierta en la descripción de espacios geográficos conjeturales que, luego, al ser descubiertos, se revelarán sorprendentemente parecidos a los modelos literarios. Algo de esto ocurre con *El faro del fin del mundo*, una novela ambientada en la Isla de los Estados en el Atlántico sur. Verne, enterado de la construcción de un faro en la inhóspita isla en 1884, lo utiliza como escenario de una de sus últimas narraciones. Sin muchos más elementos que la noticia de su existencia, dicta la que será su primera novela póstuma a su hijo Michel entre 1891 y 1892. El viento y las lluvias australes se encargan de borrar al faro real, el faro imaginado se mantiene incólume. En 1998, un grupo de diez aventureros franceses, bajo la dirección de André Bronner, reconstruye en homenaje a Verne el viejo faro de 1884. Corrección mediante, el faro está donde siempre debió haber estado. Un pequeño desajuste temporal hizo que la realidad se pareciera a la historia, aunque un poco más tarde.